

Oh luminosa
y brillante
estrella



ALFRED
BESTER

La ferocidad y el talento escéptico de Alfred Bester han ejercido una notable influencia en el género de ciencia-ficción, proyectándose sobre autores tan dispares como James Blish y Michael Moorcock. Es uno de los pocos que ha «puenteado», inconscientemente, el abismo entre la vieja y la nueva ola, transformándose en uno de los autores baluartes de ambas tendencias. Y eso sucede, quizá, porque conjura imágenes, extrayéndolas —casi sin respirar— tanto del espacio exterior como del interior.

*... aquí estoy, de vuelta en mi estudio,
encerrado y solo, volviendo
a mi primer amor, mi amor original,
la ciencia-ficción.*

ADÁN SIN EVA

*Éste es el primero de mis relatos de ciencia-ficción de «calidad». He colocado «calidad» entre comillas porque pienso que es bastante insípido. Sin embargo hasta tiene sus admiradores, quienes sienten más o menos una punzada de nostalgia. Les gusta recordar el impacto que produjo en ellos cuando apareció por primera vez en *Astounding Stories*, de Campbell. Campbell fue un duro y crítico director, y era casi un honor para un joven escritor que él le comprara un relato.*

*Ahora recuerdo a la distancia cosas fragmentarias, que nunca fueron contadas. Mi esposa y yo nos habíamos hecho amigos de un hombre que era linotipista del *Daily Worker*, a pesar de que era un violento anticomunista y acostumbrara a reñir constantemente con los directores. Estaba a salvo porque su trabajo era protegido por su poderoso sindicato. Su hostilidad iba tan lejos que deslizaba deliberadamente errores en sus copias, cosas tales como «Camarata» por Camarada. Era muy amable y acostumbraba traerme gran cantidad de resmas de ese papel de copia amarillo 8 1/2 × 15 que se utilizaba en las oficinas de la editorial. Era un maná para un escritor pobre. «Adán sin Eva» fue mecanografiado con ese papel que, infortunadamente, no era bueno para archivar. Se desintegraba más o menos después de un año.*

La génesis del relato surgió por irritación. Muy frecuentemente, los relatos surgen porque estoy hastiado con un cliché, y así sucedió con el planteamiento de «Adán sin Eva» en forma de ciencia-ficción. Yo acababa de terminar mis estudios formales (una educación no se detiene nunca) y había estudiado casi todas las ramas de las disciplinas científicas. Se me ocurrió que no se necesi-

taba un hombre y una mujer para repoblar la tierra después de un desastre. Sólo arrojar un cuerpo al océano, dejar que la naturaleza siga su curso, y todo el asunto comenzará otra vez. (No, lo repito, no me disculpo con los chiflados antievolucionistas). Debe recordarse que el relato fue escrito mucho antes de que Urey y Miller realizaran su trascendental experimento demostrando que los aminoácidos, los bloques básicos de la edificación de la vida, podían ser producidos por medio de la simulación de la primitiva atmósfera terrestre a través de descargas eléctricas. Estoy contento ahora de advertir que todos los elementos necesarios para la regeneración de vida estaban presentes en el entorno de la historia, y que no necesitaba ningún Adán agonizante.

Juro por mi vida que no puedo recordar porque estimé necesario incinerar el cadáver del perro muerto. Probablemente quería mantener la tesis limpia; la vida se regeneraría solamente de Adán; el título no podía ser «Adán y su perro fiel». El relato me dio un extraordinario placer veinte años después de publicado. Estaba comiendo con un productor de la NBC para discutir un nuevo programa que él quería que yo escribiera. Era una especie de serie piloto, ése fue el motivo por el cual me llamó; sabía que yo había sido escritor de ciencia-ficción antes de venderme a los medios televisivos.

—Hay un relato que nunca olvidaré —dijo—, y espero que usted pueda decirme quién lo escribió. Me interesaría ponerme en contacto con ese hombre.

Y prosiguió hablándome sobre «Adán sin Eva». Fue el momento culminante de mi vida.

Krane sabía que ésta debía ser la costa del mar. El instinto se lo dijo; pero algo más que el instinto, los pocos jirones de conocimiento que colgaban de su cerebro desgarrado; las estrellas habían aparecido esa noche a través de las raras aberturas de las nubes, y la brújula apuntaba aún trémulamente hacia el norte. Esto era lo más extraño de to-

do, pensó Krane. La tierra convertida en escombros aún retenía su polaridad.

Ya no había algo tan extenso como una costa, no había nada tan extenso como un mar. Sólo una delgada línea de lo que había sido un acantilado se extendía al norte y al sur por incontables millas. Era una línea de ceniza gris; la misma ceniza gris y escoria que se encontraba tras él... Légame chirle, donde las rodillas se hundían profundamente, que se arremolinaba a cada movimiento y lo ahogaba; escoria que se deslizaba en las densas nubes de la noche cuando soplaban vientos alocados; polvo negro que se removía, convirtiéndose en fango cuando caían las frecuentes lluvias.

El cielo huía sobre su cabeza. Las pesadas nubes giraban en lo alto y eran horadadas por destellos de luz solar que se movían con rapidez sobre la tierra. Cuando la luz golpeaba sobre un torbellino de escoria, todo se llenaba de bocanadas de partículas que danzaban y brillaban. Cuando se movía entre la lluvia provocaba innumerables arcos iris. La lluvia caía, las tormentas de escoria soplaban; la luz traspasaba... sumándose a todo, alternativa y continuamente, como una sierra de violencia negra y blanca. Así había sido por meses. Así sucedía en cada milla de la vasta tierra.

Krane pasó el borde de los acantilados de cenizas y comenzó a arrastrarse sobre el mismo declive que una vez había sido el lecho del océano. Había estado viajando mucho tiempo y el dolor se había hecho parte de él. Braceó con los codos y arrastró su cuerpo hacia adelante. Luego dobló la rodilla derecha debajo de sí y volvió a estirarse otra vez hacia adelante con los codos. Codos, rodilla, codos, rodilla... había olvidado lo que era caminar.

La vida, pensó aturdidamente, es milagrosa. Se adapta a cualquier cosa. Si debía arrastrarse, se arrastraba. Formas callosas sobre los codos y rodillas. El cuello y los hombros endurecidos. Las fosas nasales aprendían a estornudar las

cenizas antes de respirarlas. La pierna mala hinchada y supurante. Estaba entumecida y pronto se pudriría y caería.

—¿Cómo? —dijo Krane—, Yo no tuve nada que ver... Miró hacia arriba a la alta figura que estaba ante él y trató de comprender las palabras. Era Hallmyer. Usaba una sucia chaqueta de laboratorio y su pelo era desperejo. Hallmyer estaba delicadamente de pie sobre las cenizas y Krane se preguntó porque podía ver las deslizantes nubes de escoria a través de su cuerpo.

—¿Cómo encuentras a tu mundo, Steven? —preguntó Hallmyer. Krane sacudió la cabeza miserablemente.

—¿No muy bonito eh? —dijo Hallmyer—. Mira a tu alrededor. Polvo, eso es todo; polvo y cenizas. Arrástrate, Steven, arrástrate. No encontrarás otra cosa que polvo y cenizas...

Hallmyer extrajo una copa de agua de algún lado. Era clara y fresca. Krane podía ver la delgada película de rocío sobre la superficie de cristal y su boca se llenó súbitamente de arena.

—¡Hallmyer! —gritó. Trató de ponerse de pie y alcanzar el agua, pero un ramalazo de dolor en su pierna derecha lo abatió. Cayó hacia atrás.

Hallmyer bebió un sorbo y luego escupió sobre su rostro. El agua estaba tibia.

—Continúa arrastrándote —dijo Hallmyer con amargura—. Arrástrate alrededor de la tierra. No encontrarás otra cosa que polvo y cenizas. —Vació la copa en el suelo ante Krane—. Continúa arrastrándote. ¿Cuántas millas? Imagínatelo tú mismo. Pi veces D. El diámetro es ocho mil o algo así...

Se había ido, chaqueta y copa. Krane advirtió que la lluvia estaba cayendo otra vez. Apretó el rostro contra la cálida escoria húmeda, abrió la boca y trató de chupar la mezcla. Pronto comenzó a arrastrarse otra vez.

Era el instinto lo que lo conducía. Tenía que ir a algún lado.

Estaba asociado, lo sabía, con el mar... con el borde del mar. En la costa del mar algo lo esperaba. Algo que lo ayudaría a comprender todo esto. Tenía que llegar al mar... eso es, si es que aún había mar.

La relampagueante lluvia golpeaba su espalda como pesados maderos. Krane hizo una pausa y tiró de la mochila arrastrándola a un costado, donde pudo revisarla con una mano. Contenía exactamente una pistola, una barra de chocolate y una lata de melocotones. Era todo lo que quedaba de dos meses de provisiones. El chocolate estaba blando y mohoso. Krane sabía que era mejor comérselo ahora antes de que perdiera todo su valor. Pero otro día podría carecer de fuerzas para abrir la lata. La sacó y la atacó con un abridor. Cuando pudo perforar y apartar un borde de lata, la lluvia había concluido.

Mientras masticaba la fruta y sorbía el jugo, miró como el muro de lluvia marchaba ante él y bajaba el declive del lecho oceánico. Torrentes de agua brotaban a través del fango. Pequeños canales habían sido horadados... canales que serían nuevos ríos algún día; un día en que no habría nadie viviente para verlo. Mientras arrojaba la lata vacía a un lado, Krane pensó: El último ser vivo de la tierra come su última comida. El metabolismo inicia su último acto.

El viento seguiría a la lluvia. En las interminables semanas que había estado arrastrándose, aprendió eso. El viento llegaría en pocos minutos y lo azotaría con sus nubes de escoria y cenizas. Se arrastró hacia adelante, los ojos turbios buscando las chatas y grises millas a recorrer.

Evelyn le dio un golpecito en el hombro.

Krane supo que era ella antes de volver la cabeza. Estaba de pie a un costado, fresca y elegante con su vestido reluciente, pero su encantador rostro estaba contraído con alarma.

—¡Steven —dijo—, tienes que apresurarte!

El solo pudo admirar la forma en que el suave cabello se ondeaba sobre sus hombros.

—¡Oh, querido —dijo ella—, estás herido! —Sus manos delicadas tocaron sus piernas y espalda. Krane asintió con la cabeza.

—Fue al aterrizar —dijo él—. Yo nunca había utilizado un paracaídas. Siempre pensé que uno bajaría suavemente... como caer sobre una cama. Pero la tierra me golpeó como un puño... Y Umber estaba luchando en mis brazos. No podía dejarlo caer, ¿no?

—Por supuesto que no, querido —dijo Evelyn.

—De modo que traté de sujetarlo y de colocar mis piernas debajo de mí —dijo Krane—. Entonces algo me golpeó las piernas y un costado.

Vaciló, preguntándose cuánto sabría ella de lo que en verdad había sucedido. No quería asustarla.

—Evelyn, querida —dijo, tratando de estirar sus brazos hacia arriba.

—No, querido —dijo ella. Le devolvía la mirada con miedo—. Tienes que apresurarte. ¡Tienes que mirar hacia atrás!

—¿Las tormentas de escoria? —hizo una mueca—. Las he soportado antes.

—¡No las tormentas! —gritó Evelyn—. Es otra cosa. Oh Steven...

Entonces se había ido, pero Krane sabía que ella había dicho la verdad. Había algo detrás... algo que lo había estado siguiendo. En algún lado de su mente había una sensación de amenaza. Se cerraba sobre él como una mortaja. Sacudió la cabeza. Algo así era imposible. Él era el único ser vivo sobre la tierra. ¿Cómo podía haber una amenaza?

El viento rugía tras él, y en un instante estuvo envuelto en las densas nubes de escoria y cenizas. Lo azotaron, mordiendo su piel. Con ojos turbios, vio como cubrían el fango y lo cubrían todo como una delgada alfombra seca. Krane recogió las rodillas bajo él y se cubrió la cabeza con los brazos. Con la mochila como almohada, se preparó a esperar

el fin de la tormenta. Pasaría tan rápidamente como la lluvia.

La tormenta azotó con gran saña su cabeza enferma. Como un niño acomodó las piezas de su memoria, tratando de que se ensamblaran juntas. ¿Por qué Hallmyer se había enojado tanto con él? No pudo haber sido por ese argumento, ¿no?

¿Qué argumento?

Oh, fue antes de que sucediera todo esto.

¡Oh eso!

Abruptamente las piezas se ensamblaron.

Krane estaba de pie al lado de las pulidas líneas de su nave y las admiró profundamente. El techo de la cabina había sido quitado y la proa de la nave se elevaba, apoyada sobre una rampa, apuntando al cielo. Un operario estaba soldando cuidadosamente las superficies internas con un soplete.

El sonido apagado de una maldición salió de adentro de la nave y luego se escuchó un pesado ruido metálico. Krane subió corriendo la corta escalerilla de hierro que iba a la escotilla e introdujo la cabeza dentro. Un poco más abajo de él, dos hombres habían dejado caer los grandes tanques de solución ferrosa en su lugar.

—Tengan cuidado —vociferó Krane—. ¿Quieren romper la nave?

Uno miró hacia arriba e hizo una mueca. Krane sabía lo que estaba pensando. Que la nave se rompería sola. Todos decían eso. Todos excepto Evelyn. Ella tenía fe en él. Hallmyer pensaba que él estaba loco de otra forma. Mientras descendía la escalerilla, Krane vio que Hallmyer entraba en el cobertizo, la chaqueta de laboratorio ondeando al viento.

—¡Hablando de Roma! —murmuró Krane.

Hallmyer comenzó a gritar tan pronto como vio a Krane.

—Ahora, escucha...

—No todo otra vez, ¿eh? —dijo Krane.

Hallmyer extrajo unas hojas de papel de su bolsillo y las sacudió bajo la nariz de Krane.

—He estado levantado casi toda la noche —dijo—, trabajando sobre esto otra vez. Te digo que tengo razón. Por completo.

Krane miró las apretadas ecuaciones escritas y luego los ojos inyectados en sangre de Hallmyer. El hombre estaba casi loco de miedo.

—Por última vez —continuó Hallmyer—. Estás utilizando tu nueva catálisis sobre una solución de hierro. De acuerdo. Estoy de acuerdo que es un descubrimiento milagroso. Te doy todo el crédito por ello.

Milagroso era una palabra poco apropiada. Krane lo sabía sin vanidad, pues había tropezado con eso por casualidad. Cualquiera se podía tropezar con una catálisis que inducía a la desintegración del hierro y producía 10×10^{10} libra-pies de energía por cada gramo de combustible. Ningún hombre era lo suficientemente listo para pensar eso por sí mismo.

—¿No crees que lo lograré? —preguntó Krane.

—¿A la luna? ¿Alrededor de la Luna? Tienes sólo cincuenta por ciento de posibilidades. —Hallmyer hizo correr los dedos a través de su lacio cabello—. Pero por el amor de Dios, Steven, no estoy preocupado por ti, es por el propio asunto. Es por la tierra por la que estoy preocupado...

—Tonterías. Vete a casa y duérmete.

—Mira —Hallmyer señaló las hojas de papel con mano temblorosa—. No importa como tú realices la alimentación y la mezcla del sistema, no puedes obtener cien por cien de eficiencia en la mezcla y descarga.

—Eso es lo que produce el cincuenta por ciento de oportunidad —dijo Krane—. ¿Qué es entonces lo que te preocupa?

—La catálisis que escapará a través de los tubos del cohete. ¿Te das cuenta lo que producirá cuando caiga sobre la tierra? Iniciará una desintegración en cadena que en-

volverá todo el globo. Alcanzará a cada átomo de hierro... y hay hierro por todas partes. La tierra podría no existir cuando retournes...

—Escucha —dijo Krane cansadamente—, hemos visto todo eso antes.

Llevó a Hallmyer a la base de la escalerilla del cohete. Debajo del almacén de hierro había un pozo de unos sesenta metros de profundidad y quince de ancho, protegido con ladrillos refractarios.

—Esto es para el descargue inicial de las llamas. Si cualquier partícula de la catálisis escapa será atrapada en este pozo y evitará las reacciones secundarias. ¿Satisfecho ahora?

—Pero mientras te encuentres en vuelo —insistió Hallmyer— estarás poniendo en peligro la Tierra hasta que estés más allá del límite de Roche. Cada gota de catálisis no activada podría eventualmente caer sobre el suelo y...

—Por última vez —dijo Krane inflexiblemente—, la llama de la descarga del cohete se cuidará de eso. Envolverá a cualquier partícula escapada y la destruirá. Ahora lárgate. Tengo trabajo que hacer.

Mientras Krane lo empujaba hacia la puerta, Hallmyer gritaba y agitaba los brazos.

—¡No te dejaré hacerlo! —repetía una y otra vez—. No dejaré que arriesgues...

¿Trabajo? No, el trabajo de la nave había sido una verdadera intoxicación. Tenía la belleza elegante de las cosas bien hechas. La belleza de una armadura lustrada, de la bien balanceada y limpia empuñadura de un estoque, de un par de pistolas gemelas. No había pensamientos de peligro y muerte en la cabeza de Krane mientras limpiaba sus manos con estopa luego de realizar los últimos toques.

La nave se encontraba en la rampa, lista a perforar los cielos. Quince metros de esbelto acero, las cabezas de los remaches brillando como joyas. Nueve metros conteniendo el combustible y el catalizador. La mayor parte de los com-

partimientos delanteros contenían la hamaca elástica que Krane había diseñado para absorber el impacto de la aceleración. La trompa de la nave tenía un ojo de buey de cristal natural que apuntaba hacia arriba como el ojo de un cíclope.

Krane pensó: Morirá luego de este viaje. Retornará a la Tierra y se convertirá en una bola de fuego y trueno, no hay forma aún de planear un aterrizaje seguro para una nave cohete. Pero vale la pena. Tendrá un gran vuelo, y eso es todo lo que cualquiera de nosotros desea. Un gran y maravilloso vuelo a lo desconocido...

Mientras echaba llave a la puerta del taller, Krane oyó a Hallmyer vociferar desde el cottage que se encontraba a través de los campos. A pesar de la penumbra del atardecer pudo verlo hacer señas de urgencia. Trotó a través del quebradizo rastrojo, respirando profundamente el aire punzante, agradecido de estar vivo.

—Es Evelyn al teléfono —dijo Hallmyer.

Krane lo miró con fijeza. Hallmyer rehusó encontrar sus ojos.

—¿Cuál es la idea? —pregunto Krane—. Creo que estuvimos de acuerdo en que ella no llamaría... que no se pondría en contacto hasta que yo estuviera listo para partir, ¿Le has estado metiendo ideas en la cabeza? ¿Ésta es la forma en que vas a detenerme?

—No... —dijo Hallmyer, y examinó analíticamente el oscurecido horizonte.

Krane fue a su despacho y levantó el receptor.

—Ahora escúchame, querida —dijo sin ningún preámbulo—, no hay razón para alarmarse ahora. Te expliqué todo muy cuidadosamente. Justo antes de que la nave se estrelle, saltaré en paracaídas. Te amo mucho y te veré el miércoles cuando parta. Hasta...

—Adiós, cariño —dijo la diáfana voz de Evelyn—, ¿es por esto que me has llamado?

—¡Qué yo te he llamado!

Un pesado cuerpo castaño se sacudió al escuchar el rugido y se incorporó sobre sus fuertes patas. Umber, el mas-tín de Krane, olfateó y levantó una oreja. Luego gimoteó.

—¿Dijiste que yo te llamé? —repitió Krane.

La garganta de Umber súbitamente lanzó un bramido. Alcanzó a Krane de un solo salto, lo miró a la cara y gimoteó y ladró al mismo tiempo.

—¡Cállate, monstruo! —dijo Krane. Apartó a Umber con un pie.

—Dale a Umber una patada de mi parte. —Evelyn rió—. Sí, querido. Alguien me llamó y dijo que tú querías hablar conmigo.

—¿Eso hicieron, eh? Mira, cariño, te llamaré más tarde...

Krane colgó. Se incorporó dubitativamente y contempló las inquietas maniobras de Umber. A través de la ventana, el último fulgor de la tarde teñía de luz anaranjada las sombras. Umber miró la luz, olfateó y bramó de nuevo. Súbitamente sobresaltado, Krane brincó junto a la ventana.

A través de los campos una masa de fuego se alzaba en el aire, y dentro de ella estaban las desmoronadas paredes del taller. Delineadas contra el resplandor, las figuras de media docena de hombres se movieron y corrieron.

Krane salió disparado del cottage y, con Umber pisando sus talones, se dirigió corriendo hacia el cobertizo. Mientras corría pudo ver el gracioso morro de la espacionave dentro del fuego, aún fría e intocada. Si sólo pudiera alcanzar la nave antes de que las llamas ablandaran el metal y aflojaran los remaches.

Los trabajadores trotaban hacia él, sombríos y jadeantes. Krane se dirigió a ellos con una mezcla de furia y perplejidad.

—¡Hallmyer! —gritó—. ¡Hallmyer!

Hallmyer se abrió paso entre la gente. Sus ojos brillaban con triunfo.

—Es una lástima —dijo—. Lo siento, Steven.

—¡Hijo de puta! —vociferó Krane. Agarró a Hallmyer por las solapas y lo sacudió al mismo tiempo. Luego lo soltó y se dirigió al cobertizo.

Hallmyer espetó algunas órdenes a los operarios y un instante después un cuerpo chocó contra las pantorrillas de Krane y lo derribó contra el suelo. Se puso de pie vacilante, sacudiendo los puños. Umber estaba a su lado, gruñendo por encima del crujir de las llamas. Krane golpeó a un hombre en el rostro, y vio que se desplomaba contra un segundo. Levantó una rodilla con un impulso violento que derribó, doblado en el suelo, al último operario. Luego agachó la cabeza y se zambulló en el taller.

No sintió el fuego al principio, pero cuando alcanzó la escalerilla y comenzó a trepar hasta la escotilla, gritó de agonía por las quemaduras. Umber estaba aullando al pie de la escalerilla, y Krane advirtió que el perro nunca podría escapar del estallido de los cohetes. Se estiró hacia abajo y subió a Umber a la nave.

Krane estaba bamboleante cuando cerró y aseguró la escotilla. Permaneció consciente lo suficiente como para acomodarse en la litera elástica. Luego sólo el instinto guió sus manos hacia el tablero de control; instintiva y frenéticamente rehusó a dejar que su hermosa nave fuera pasto de llamas. Fallaría... sí. Pero fallaría intentándolo.

Sus dedos corrieron los interruptores. La nave se sacudió y rugió. Y la oscuridad descendió sobre él.

¿Cuánto permaneció inconsciente? No se podría decirlo. Krane despertó con una fría presión contra su rostro y cuerpo, y el sonido de gemidos asustados en sus oídos. Miró hacia arriba y vio a Umber enredado en los elásticos y correas de la litera. Su primer impulso fue reír, luego súbitamente lo advirtió; ¡estaba mirando hacia arriba! Estaba mirando hacia arriba a la litera.

Yacía retorcido sobre el hueco de la nariz del cristal. Esa nave se había elevado a las alturas... quizá más allá de la zona de Roche, hasta el límite de la atracción gravitacional